



UNIVERSIDAD
DE LA REPÚBLICA
URUGUAY



Facultad de
Psicología
UNIVERSIDAD DE LA REPÚBLICA

***Transmisión transgeneracional psíquica,
secretos, traumas, resignificación y sus efectos
en los vínculos interpersonales***

Trabajo final de grado

Modalidad: Monografía

Estudiante: Joséphine Dissimoz

CI: 4.675.476-8

Docente Tutora: Prof. Adj Rosa Zytner

Docente Revisor: Asist. Dr. Lisandro Vales

Índice	Pág.
Resúmen.....	1
1. Introducción.....	2
2. Transmisión transgeneracional psíquica.....	3
2.1. Tipos de transmisión psíquica.....	6
2.2. Necesidad de transmisión y Compulsión de repetición.....	8
3. Lo negativo.....	10
4. Identificación como modo de transmisión.....	12
4.1. Imágenes psíquicas.....	13
5. Pactos, lealtades familiares y vínculos.....	15
6. Mitos y secretos familiares.....	18
7. Telescopaje generacional.....	20
7.1. Cripta y fantasma.....	22
8. Introyección y transmisión traumática.....	24
8.1. Duelos ancestrales.....	27
9. Resignificación e historización.....	29
10. Conclusiones.....	30
11. Referencias bibliográficas.....	33

Resumen

En el presente trabajo se aborda la temática de la transmisión transgeneracional psíquica, los secretos, lo traumático, los duelos y la resignificación.

Se comienza con una definición teórica de lo que implica la transmisión, a partir de la cual se desglosa por qué los humanos tienen la necesidad de transmitir y cómo se da ese proceso, haciendo énfasis en la identificación. El trabajo se centra en la transmisión de lo negativo por lo cual se hace necesario detenerse a explicar qué implica hablar de lo negativo.

Se hace un recorrido por la temática de los pactos y lealtades familiares y el impacto que estos tienen en los vínculos. Deviene de esto la importancia de los mitos y los secretos familiares, y luego se pasa a la temática de lo traumático. Se profundiza en qué implica un evento para que sea traumático y luego se deriva en los duelos no elaborados y en los efectos que estos tienen a través de las generaciones.

El trabajo se finaliza con el desarrollo de conceptos como historización y resignificación, que le permite al sujeto elaborar y adueñarse de lo que se le ha sido transmitido.

Palabras claves: Transmisión transgeneracional, identificación, lealtades familiares, telescopaje, cripta y fantasma, introyección, duelo, transmisión traumática, resignificación

1. Introducción

En el presente trabajo se abarca el tema de la transmisión transgeneracional psíquica desde su aspecto negativo. Se hace alusión a los diferentes modos de transmisión y a qué es lo que lleva al ser humano a transmitir. También se pone énfasis en los vínculos interpersonales, en los secretos y pactos familiares, así como también en la transmisión traumática y el duelo.

Para esto es necesario basarse en autores clásicos, pero también en autores más contemporáneos. Si bien ya se podían ver esbozos sobre este tema en Freud, es más adelante que estos conceptos e ideas adquieren su significado como tal, y es un tema que sigue desarrollándose hoy en día con avidez. Esta temática tiene la particularidad de que interpela a todos los sujetos, ya que todos provienen de una historia singular y son portadores de lo que los ancestros les han legado de manera consciente e inconsciente.

En cuanto a la elección del tema, la autora de este trabajo se acerca al mismo sin mucho conocimiento previo, habiéndolo escuchado en una materia optativa de Duelo Psicoanalítico por única vez. Sin embargo, eso fue suficiente para despertar su interés a tal punto de querer finalizar la carrera de grado con un trabajo enfocado en esta temática que le resulta tan intrigante como interesante.

En esta monografía se pretende hacer un recorrido de varios temas que derivan de y confluyen en la transmisión transgeneracional psíquica. Comenzando por la definición conceptual de la misma que ubicará al lector en el tema, siguiendo por la descripción de los diferentes tipos de transmisión que se pueden apreciar y explicando por qué el ser humano se ve compelido a transmitir y a repetir lo que le fue transmitido bajo la esperanza de que su progenie siga por la misma línea pactada e introduciendo a su vez cómo es esto posible.

También son presentados temas como los pactos y las lealtades familiares que tienen gran influencia en los vínculos, y se ve cómo estos pueden llevar a la conservación de los secretos. Muchas veces estos son desencadenados por eventos que generan mucha vergüenza en el sujeto, o que tienen efectos traumáticos sobre el mismo, como por ejemplo puede ser la pérdida del objeto amado. Se considera que estos eventos pueden llegar a tener consecuencias traumáticas en el sujeto, por lo cual se pone foco también en todo lo que implica una transmisión de esta índole, así como también sobre los duelos que no pueden ser elaborados y son pasados a las nuevas generaciones, recibiendo así el nombre de duelos ancestrales.

Como fue anticipado al principio, este trabajo se centra mayormente en la transmisión de carácter negativa, por lo cual es necesario detenerse a comprender qué implica hablar de lo negativo. Esto no significa que este sea el único tipo de transmisión que existe, pero se considera que va más allá del propósito de esta monografía.

A su vez, se cree importante poder finalizar este trabajo destacando la importancia del proceso de historización y de resignificación, que le permiten al sujeto identificar aquello que puede estar actuando pero que no le pertenece. Es a través de estos procesos que el sujeto puede hacer consciente lo que se le ha transmitido y hacerlo propio dándole así un nuevo sentido y haciéndose dueño de su presente. El individuo será entonces capaz de volver a centrar en el presente su propia historia que puede estar tomada por ancestros y eventos pasados. Los procesos anteriormente mencionados le otorgan al sujeto las herramientas necesarias para así poder salir de ese círculo vicioso de repetición que lo atosiga y determina sus acciones, y lograr enfocarse en su presente.

2. Transmisión transgeneracional psíquica

Antes de adentrarse en el tema, se debe tener en cuenta que el sujeto vive en una constante disyuntiva, entre “ser para sí mismo su propio fin” y “ser el eslabón de una cadena a la que está sujeto sin la participación de su voluntad” (Kaës, 2006). Esto significa que vive continuamente negociando entre sus deseos individuales, que se podrían denominar egoístas ya que no consideran al grupo, y aquello que es su deber para con la sociedad. Lo anteriormente mencionado implica mantener vivas las tradiciones a partir de las cuales la sociedad o comunidad se sostiene y que unen a las generaciones desde siempre. Se alude con esto a la trasmisión, ya sea de conocimientos, cultura, idiomas, costumbres y todo lo que define a los sujetos como personas pertenecientes a un lugar socio histórico particular. A partir de la transmisión, al sujeto se le atribuye un lugar en la cadena generacional. Esto permite pensar al sujeto en una doble dimensión por la cual está enlazado a los que vinieron antes que él que lo estructuran como sujeto, y enlaza a los que vendrán luego ayudando a conformarlos (Lapidus, 2018).

Es fundamental entonces, definir qué se entiende por transmisión. El diccionario de la Real Academia Española, define transmisión como “Acción y efecto de transmitir”, y transmitir como “Trasladar, transferir”, “Hacer llegar a alguien mensajes o noticias”, “Comunicar a otras personas enfermedades o estados de ánimo”, “Conducir o ser el medio a través del cual se pasan las vibraciones o radiaciones”, “Enajenar, ceder o dejar a alguien un derecho u otra cosa” (Real Academia Española, 2019).

Algunas de las autoras que han estudiado el tema, como Nussbaum (2009), proponen y están de acuerdo en distinguir entre la transmisión de la generación que nos antecede y la transmisión transgeneracional. La primera hace referencia a todo aquello que recibimos de la generación que nos precede, como pueden ser “modos de pensar, de sentir, y conflictos que cada humano tiene que procesar” (Nussbaum, 2009). Esta transmisión no solo implica a la familia próxima anterior al sujeto, sino que incluye a los antepasados más lejanos que contribuyen en la formación de la subjetividad de cada sujeto, así como también en el rol y lugar que ocupa en el grupo familiar. Por otra parte, la transmisión transgeneracional puede ser a través de la identificación, y a diferencia de la anterior vincula a las generaciones entre sí desde lo negativo, desde lo que no ha podido ser procesado y se transmite directamente sin elaboración previa (Nussbaum, 2009). Teniendo esto en cuenta, en este trabajo se apunta a la transmisión entre generaciones o transgeneracional.

La transmisión le permite al ser humano desarrollarse como tal. Este llega al mundo totalmente desprovisto de las herramientas necesarias para sobrevivir y se encuentra a la merced de sus progenitores para que lo ayuden a subsistir. Los padres deberán no solo satisfacer las necesidades básicas del individuo, sino también inculcarle modos de vida. Es decir, le otorgan un lugar en el mundo intrafamiliar, y los instrumentos para que se haga su lugar propio por fuera del mismo, le transmiten “modelos de los que el niño se irá apropiando en el proceso que lo humanizará” (Lapidus, 2018). La transmisión hace referencia al modo natural en que los conocimientos, las cargas emocionales y los legados se traspasan a las generaciones siguientes (Laguna, 2014). Freud (1980) explica sobre esto que, si los procesos psíquicos no se pudieran continuar de una generación en otra y si cada una debiera empezar de cero, el desarrollo y el progreso no se darían. Se habla aquí de transmisión no solo de conocimientos, sino también de transmisión de procesos psíquicos. Segoviano (2008) por su parte, describe esta última como “los procesos, las vías y los mecanismos mentales capaces de operar transferencias de organizaciones y contenidos psíquicos entre distintos sujetos y, particularmente, de una generación a otra, como los efectos de dichas transferencias”.

Otro referente significativo para esta temática es Kaës (2006), que habla de “transmisión de la psique, o producción intersubjetiva de la psique”. Al introducir la palabra intersubjetividad, se hace alusión a que la psique no se construye de manera autónoma, si no que en conjunto con el entorno. Es necesario entonces de la participación de dos partes involucradas afectivamente, una con algo para transmitir, y otra que debe poseer como característica lo que Kaës (2006) denomina una “predisposición hereditaria”, condición elemental para ser heredero. Se hace referencia

con esto a aspectos inconcientes del sujeto que lo hacen el candidato ideal para representar el rol de depositario de todo aquello que sus antepasados no han podido simbolizar y asimilar. Estos últimos pueden ser aspectos que no se han podido retener, y son dejados como legado a esos descendientes que poseen las características necesarias para ser receptores. Sin embargo, no es una transmisión directa sin interrupciones, luego influyen los acontecimientos de la primera infancia, los cuales ayudan a consolidar lo heredado.

Otro de los autores consultados, Tisseron, expresa que posee preferencia por la utilización del término influencia por sobre el de transmisión, ya que este:

deja lugar a la interpretación del mensaje por parte del receptor, y a que el mismo estímulo no produzca el mismo resultado en distintos protagonistas: la influencia supone una confrontación entre el estímulo y el sujeto y la existencia de un contexto de comunicación. (Tisseron, 1997)

Se introduce con esto la idea de que la transmisión no es un proceso unilateral, con un receptor pasivo, sino que influyen en este proceso aspectos inconcientes de quien transmite y de quien recibe lo transmitido. Tisseron (1997) prefiere entonces, reservar el término transmisión para “las situaciones que implican objetos concretos claramente identificables”.

El trabajo psíquico de la transmisión puede ser resumido entonces por Kaës (2006) como:

el proceso y el resultado de ligazones psíquicas entre aparatos psíquicos y como las transformaciones operadas por estas ligazones. Admite la noción, verificable en las formaciones de criptas y de fantasmas, de un no-trabajo de la transmisión psíquica. Requiere la diferenciación entre lo que es transmitido y lo que es recibido y transformado, principalmente en el proceso de historización del sujeto, es decir, en el proceso de apropiación del sujeto de la herencia y de la transmisión por el yo [*Je*] que asume con ello el pensamiento y el lugar. Hace de la categoría del *après-coup* la categoría central del pensamiento del origen, del proceso psíquico y del porvenir; proyecta la hipótesis filogenética en su espacio heurístico fecundo: el de la reinscripción interpretativa, y no el de la causalidad lineal (Kaës, 2006).

Todos estos conceptos e ideas mencionadas por Kaës se ven desarrollados a lo largo del trabajo, con el aporte y la impronta de varios escritores que teorizan sobre el tema.

Es importante tener en cuenta que la transmisión puede ser constitutiva de la psiquis del sujeto, ya que, historias que tuvieron lugar previo a su nacimiento influyen muchas veces en cómo es tratado y en las aspiraciones que sus progenitores y antecesores depositan en él, todas estas son acciones definitorias al momento del desarrollo de la personalidad del sujeto. Esto sucede ya que por más que se intente ocultar un evento que puede haber resultado traumático siempre quedan residuos. “La sofocación más intensa necesariamente dejará espacio a unas mociones sustitutivas desfiguradas y a unas reacciones que de ellas se siguen” (Freud, 1980), lo cual implica que siguen apareciendo pistas de lo sucedido en las generaciones venideras que estarán cada vez más disfrazadas, pero siempre existen pistas.

Como se vio anteriormente, la transmisión es un proceso intersubjetivo que se construye entre varias generaciones cuyas psiquis se superponen. Lo importante en este proceso no es tanto quién transmite y qué se transmite, sino qué hace el receptor con eso que recibe. Se puede ver entonces si este es capaz de metabolizarla y hacerla propia, aportando sus características personales, o si decide rechazarla y desecharla total o parcialmente (Rotenberg, 2008).

Los conceptos de transmisión explicados hasta ahora, hacen todos referencia a la transmisión transgeneracional. Esta atraviesa transversalmente a las generaciones y da cuenta de cómo “el mundo representacional de individuos de una generación puede influir en el mundo representacional de individuos de generaciones siguientes” (Laguna, 2014). Lo cual puede ser apreciado en la repetición de la elección de objetos para la formación de vínculos, patrones relacionales, enfermedades, trabajos, cantidad de hijos, de casamientos y divorcios. En resumen, se puede ver reflejado en las elecciones que toma el individuo día a día, que pueden tener como desenlace acercarlo o alejarlo de su grupo familiar de origen.

2.1. Tipos de transmisión psíquica

Una vez establecidos los diferentes conceptos de transmisión que se manejan según la bibliografía consultada, es pertinente adentrarse en los diferentes tipos de transmisión que estos autores distinguen. Cada uno con sus características particulares.

Comenzando con Kaës (2006), podemos ver que este distingue tres tipos de transmisión, la intrapsíquica, la intersubjetiva y la transpsíquica, explicando que todas estas se pueden ver apreciadas en la formación del Yo.

La transmisión intrapsíquica, como su nombre lo denota, es interna, se desarrolla dentro la psique. Pretende observar lo que se transfiere en el paso de la vigilia al sueño,

“del Inconciente al Preconciente, del Preconciente al Conciente, de los pensamientos latentes al relato manifiesto, de las asociaciones a la representación-meta inconciente, y cómo se efectúan estos pasajes, principalmente gracias a los pensamientos intermediarios” (Kaës, 2006).

La transmisión intersubjetiva se puede apreciar en las relaciones del sujeto con quienes forman parte de su entorno, dentro de una familia, esto es entre psiquis. En este tipo de transmisión podemos ver las formaciones intersubjetivas primarias, que aseguran la generación de los vínculos intersubjetivos, “el espacio y los vínculos que forman la realidad psíquica y del conjunto intersubjetivo” (Kaës, 2006), y el complejo de Edipo ya que en este se juegan las relaciones de deseo y de prohibición entre los sujetos, y reconstruye en el campo de la representación las diferencias entre los sexos y las generaciones, y las correspondientes identificaciones.

Por último, la transmisión transpsíquica se diferencia de la intersubjetiva ya que esta permite la transformación de la transmisión. En este tipo de transmisión no existen los obstáculos, ya que se transmite a través de los sujetos, no entre ellos.

En la formación del Yo confluyen los tres tipos de transmisión explicadas anteriormente, “el Yo es una instancia psíquica particularmente requerida en los procesos y las funciones de la transmisión psíquica en razón de su posición intermediaria” (Kaës, 2006).

Kaës a su vez distingue en Freud dos vías para la transmisión:

una pasa por la cultura y por la tradición, y su soporte es el aparato cultural y social que asegura la continuidad de generación en generación; la otra está constituida por “esta parte ‘orgánica’ de la vida psíquica de las generaciones ulteriores” (Kaës, 2006).

Derivado de esto, Larbán (2011) por su parte distingue y pone énfasis en dos tipos de transmisión, la Transmisión Inter-generacional y la Transmisión Trans-generacional.

La primera se da entre generaciones y es necesaria para la formación y el desarrollo de la psiquis. Se transmiten elementos psíquicos inconcientes que son “asimilables y elaborables, útiles e incluso indispensables...”. (Larbán, 2011) Es así que el sujeto va construyendo su identidad, a partir de las identificaciones - tema en el cual se profundiza en el capítulo siguiente - y en conjunto con su entorno y con lo que este le va transmitiendo. Este tipo de transmisión es bidireccional e interactiva, ya que se da entre las generaciones pasadas que se encuentran con vida y las actuales.

La transmisión trans-generacional está inscrita en la anterior, y como se vio mencionado con Kaës más arriba, proviene de otras generaciones y atraviesa las generaciones trascendiendo los obstáculos de objeto que puedan haber. Este tipo de transmisión, a diferencia de la inter-generacional, es unidireccional y no es interactiva, ya que se transmite desde los antepasados muertos, a los descendientes vivos. Lo que se transmite se hace a través de los sujetos, no entre ellos, y se hace en forma de legado o dogma, sin otorgarle a la persona la posibilidad de asimilación o integración. Estos contenidos psíquicos, de no poder hacerse concientes y elaborarse correctamente, pueden llegar a constituir “enclaves intra-psíquicos susceptibles de convertirse en fuente de sufrimiento, de perturbaciones, de bloqueos evolutivos y de repeticiones” (Larbán, 2011).

Así como existen estos objetos psíquicos “transformables”, que según Kaës (2006) tienen la estructura del síntoma o del lapsus, y se van amoldando a las diferentes épocas y sujetos, existen también los “no transformables”. Estos últimos “permanecen enquistados, incorporados, inertes, y atacan el aparato psíquico de los miembros de la familia o del grupo” (Tisseron, 1997). Lo que no puede ser transformado, ataca directamente contra la individualidad de los sujetos, restringiéndolo en su toma de decisiones, y limitando su capacidad de elección y movimiento.

2.2. Necesidad de transmisión y Compulsión a la repetición

Luego de aclarado lo que varios autores entienden por transmisión psíquica y los diferentes tipos que estos reconocen, es necesario comprender por qué el ser humano tiene una necesidad intrínseca de transmitir a las generaciones que le siguen y de repetir eso que sus generaciones anteriores le transmiten. Necesidad esta que se satisface sin siquiera reparar en ello, de manera inconciente. Transmitir a modo de enseñanzas que contribuyen al desarrollo positivo de la progenie es algo en lo que se pone énfasis a nivel social, se les enseña a los niños de la historia y de dónde provienen los objetos que utilizan día a día. La transmisión de conocimientos es algo que asegura el progreso, pero no toda transmisión es positiva ni apunta al desarrollo del individuo ni al progreso. Como se ve más adelante en el trabajo, existe un tipo de transmisión que se enfoca en lo negativo; esta tampoco puede ser evitada, y es inherente a todo grupo familiar social.

Una de las principales características del sujeto es la de identificarse como ser gregario. Esto implica que tiene la necesidad de agruparse y de vivir en comunidad, de compartir su vida. Es a través de la transmisión que la continuidad de los conocimientos, las tradiciones, las maneras de vida y el grupo social y familiar se asegura y se perpetúa.

La transmisión es similar a un hilo conductor que une a las generaciones a partir de los aspectos que se tienen en común. Los seres humanos tienen la necesidad de transmitir para que el grupo se mantenga vigente en el tiempo y pueda pasar a la posteridad en mano de las nuevas generaciones.

Como se puede ver en los textos consultados de Kaës (2006), la necesidad de transmitir en otro aparato psíquico lo que no puede ser mantenido siempre se hará presente. El autor agrega que “nada de lo que haya sido retenido podrá permanecer completamente inaccesible a la generación que sigue, o a la ulterior. Habrá huellas ... que continuarán ligando a las generaciones entre sí...” (Kaës, 2006).

El sujeto tiende a repetir lo que se le ha transmitido, se hace necesario entonces ver qué se entiende por repetición. Algunos estudiosos se refieren a la repetición como un “modo de la transmisión” (Rotenberg, 2008), aclarando que la transmisión se construye entre los psiquismos de varias generaciones. Ciccone (2014) por ejemplo, se refiere a la repetición como un efecto de la transmisión psíquica. Esta da cuenta del intento y a la misma vez de la falla en la elaboración y en la apropiación de la herencia. Todo aquello que no pueda ser incorporado en la psiquis del sujeto a partir de la elaboración sigue manifestándose en los descendientes a partir de la transmisión de los “objetos no transformables” que describe Kaës (2006) y que fueron señalados anteriormente.

Larbán (2011) por su parte, describe la compulsión a la repetición como:

una fuerza interna que obliga al sujeto, bajo la amenaza permanente de un incremento del nivel de angustia, a realizar una determinada acción o conjunto de acciones, o a organizarse en una forma defensiva determinada, o a pensar incesantemente en alguna idea (Larbán, 2011).

Entonces cuando lo que se transmite no puede ser transformado, se está frente a una “transmisión repetitiva” (Losso & Packciarz Losso, 2007). Los sujetos se ven ligados a partir de lealtades invisibles - tema que se ve más detalladamente más adelante - con sus padres o a veces con ancestros más lejanos que ni siquiera conocen y se ven obligados a cumplir con sus demandas imposibles. Losso y Packciarz Losso (2007) hablan sobre “violencia transgeneracional” cuando no es posible la elaboración y el único camino posible es el de la repetición. Si bien se puede decir que en todo lo que se repite hay algún aspecto nuevo que cada generación aporta, se repite siempre el fallo en la elaboración de los mismos. Estos contenidos quedan como enquistados en los sujetos y no pueden ser introyectados.

Esto lleva muchas veces al desarrollo de una “fantasía inconciente familiar compartida de elaboración transgeneracional” (Losso & Packciarz Losso, 2007), a partir de la cual los miembros de la misma tienen la idea, en la mayoría de los casos errónea, de que, si se da cierto acontecimiento, se pueden elaborar todos esos eventos que hasta el momento no han podido. Sin embargo, esto implica normalmente recaer en una nueva repetición de lo traumático.

Entonces al repetir, no solo falla la elaboración de lo transmitido, sino que se hace “inútil el paso del tiempo y el desempeño de las generaciones para cambiar esta situación” (Vergara, 2014).

Estos autores tienen en común que se centran en una transmisión de los aspectos negativos de la historia del sujeto, como puede ser la culpa, enfermedades, lo reprimido, objetos perdidos, duelos, entre otros (Kaës, 1997). Todos estos son aspectos que no pueden ser adquiridos ni resueltos por la persona y por ende no los puede mantener consigo, pero “no solamente a partir de lo que falla y falta se organiza la transmisión, sino a partir de lo que no ha advenido, lo que es ausencia de inscripción y de representación...”. (Kaës, 2006). Lo que no pueda ser retenido por el sujeto es entonces legado a las nuevas generaciones con la esperanza de que estas sí puedan hacerse cargo del peso que conllevan. Se deposita en los descendientes la esperanza de que ellos sí tendrán las herramientas para elaborar e introyectar eso que les fue transmitido.

Los secretos y los eventos que le causan vergüenza al sujeto, de los cuales nunca se habla y que el sujeto se empeña en esconder - temas a elaborar con mayor profundidad en el trabajo más adelante -, tal vez no puedan ser elaborados ni asimilados por el mismo, pero no por eso son olvidados. “Las personas somos malos actores” expresa Schützenberger (2013), haciendo referencia a que, aunque callemos nuestras acciones nos delatan, y eso que queremos olvidar siempre encuentra la manera de permear a las generaciones que siguen. Hay entonces una constante “repetición del pasado en función del presente con el fin de controlar el futuro” (Kaës, 1997).

3. Lo negativo

Antes de seguir avanzando, es fundamental detenerse en lo que se entiende por lo negativo, ya que el presente trabajo se enfoca en su transmisión. Kaës (1997) explica que el vínculo se forma sobre lo negativo, y describe tres tipos de negatividad: la negatividad de obligación, la negatividad relativa y la negatividad radical.

La negatividad de obligación habla sobre la necesidad del aparato psíquico de negar, rechazar, desmentir, borrar o renunciar a ciertos aspectos con la finalidad de preservar un interés que resulta de mayor importancia para la organización psíquica propia o la de los sujetos con quien se tiene un vínculo cercano. Esto se efectúa en pos de desechar lo inaceptable dentro del aparato psíquico. Hay que tener en cuenta que la realidad psíquica se regula mediante el rechazo de lo que no genera placer y la toma o la apropiación de lo que sí produce placer o, dicho de otra manera, introyectando sobre sí mismo lo placentero y proyectando sobre el objeto externo lo displacentero. Este tipo de negatividad es condición fundamental en la formación y en el mantenimiento del vínculo, ya que es mantenida y exigida por todas las partes involucradas. Los límites difusos, el sacrificio de ciertos aspectos propios y del otro, la represión de afectos, son todos necesarios para la vida armónica en sociedad y para que los vínculos se organicen. En resumen, “la negatividad de obligación es el precio exigido por los mismos sujetos para sellar el vínculo que los mantiene sujetos el uno al otro” (Kaës, 1997), se niegan ciertos aspectos para asegurar la continuidad de los vínculos.

Siguiendo con la negatividad relativa, se puede ver que hace referencia a eso que queda como pendiente, como posible, e implica la posibilidad de un cambio hacia lo positivo. Esta negatividad habla sobre la potencialidad de la realidad psíquica, sobre lo que está en espera de constituirse. “Lo que no ha sido pero podría ser, lo que hubiera podido ser y podría devenir se abre entonces hacia lo posible, y este posible es tributario de la psiquis del otro” (Kaës, 1997).

Por último, la negatividad radical habla de “lo que no es” en el espacio psíquico. Se representa como “un no-lugar, una no-experiencia, irrepresentable, en las figuras de lo blanco, lo desconocido, el vacío, la ausencia y el no-ser” (Kaës, 1997). Esta negatividad implica la relación entre el pensamiento y lo que no es. A diferencia de la anterior, en esta negatividad no aparece la posibilidad de convertir lo que no es en algo que es.

Si bien se introduce el tema de los pactos y las lealtades más adelante, es importante explicar a partir de los tipos de negatividades que Kaës (1997) describe, que las mismas pueden ser objeto de un pacto entre los sujetos de un vínculo, el cual recibe el nombre de denegativo. Este denota una alianza compleja que niega la negatividad radical y relaciona las negatividades de obligación, organiza y mantiene el vínculo de acuerdo a los intereses, se continúan las relaciones y se perpetúan las características deseables para la elección de objeto e ideales. “Se trata de un pacto cuyo enunciado como tal no es jamás formulado, pero que se deja reconocer en la cadena significativa

formada en el vínculo por los sujetos de la relación” (Kaës, 1997). Es importante tener en cuenta que cada vínculo se organiza positivamente guiándose por la satisfacción de los deseos, pero también negativamente. El pacto denegativo crea “zonas de silencio, bolsones de intoxicación, espacios-basureros o líneas de fuga que mantienen al sujeto ajeno a su propia historia” (Kaës, 1995, pág. 330), por lo cual sostiene y promueve la represión y la repetición.

A partir de la explicación de lo que implica la negatividad en los vínculos y de haber visto como los pactos que se forman a partir de esta pueden implicar efectos para las generaciones siguientes, ya que los pactos y alianzas como se ve más adelante no pierden su valor a través del tiempo, se puede proseguir con las modalidades de transmisión.

4. Identificación como modo de transmisión

Hasta ahora se ha desarrollado en el trabajo lo que se entiende por transmisión transgeneracional, qué tipos de transmisión se pueden apreciar y por qué el sujeto tiende a repetir eso que le fue transmitido. También se ha visto por qué el individuo tiene la necesidad de luego volver a transmitir en sus sucesores lo que le fue pasado.

Para adentrarse en el cómo se transmite, es necesario introducir el concepto de identificación. Freud (1979) la describe como la “más temprana exteriorización de una ligazón afectiva con otra persona”, mientras que Kaës (1997) por su parte la señala como el “proceso capital de la transmisión”. Este proceso es fundamental a la hora de entender cómo se da la transmisión entre generaciones, ya que es un proceso necesario para que esta tenga lugar. Se puede entender entonces el proceso psicológico de la identificación como aquel “...mediante el cual un sujeto asimila un aspecto, una propiedad, un atributo de otro y se transforma, total o parcialmente, sobre el modelo de este. La personalidad se constituye y se diferencia mediante una serie de identificaciones” (Laplanche & Pontalis, 2004).

A partir de la identificación es posible observar la intersubjetividad. Esta da cuenta de cómo el espacio psíquico de un yo se puede apropiar o superponer, de manera inconciente, con el de otro. Ello explica que el sujeto pueda sentir que algo que no le pertenece lo invade dictaminando sus acciones, es su espacio psíquico que ha sido ocupado, total o parcialmente por el de sus ancestros. La intersubjetividad habla sobre los vínculos y las estructuras inconcientes que se van creando a partir del relacionamiento entre sujetos (Berenstein, 1990).

Estos vínculos, que se forman desde antes del nacimiento, influyen sobre el individuo durante toda su gestación, explica Tisseron (1997). Son los movimientos del cuerpo materno, los ruidos y las voces que lo rodean exteriormente, que lo irán marcando de manera inconsciente y moldeando su carácter a lo largo de su desarrollo. Este sin embargo se ve remodelado luego de nacer por su entorno y los aprendizajes que vaya teniendo. A partir de cómo los padres se relacionan con el niño, se le van comunicando a éste modelos de personalidad, que luego se verá convocado a descifrar. Estos modelos son lo que Tisseron (1997) denomina como imágenes psíquicas, concepto que es abordado para mayor entendimiento del lector en el capítulo siguiente.

El infante comienza a construir su personalidad a partir de la respuesta que sus acciones suscitan en el entorno, por ejemplo, si bien la sonrisa es un aspecto biológico, cómo es recibida y los efectos que tiene sobre sus progenitores depende enteramente del grupo familiar en el que se ve inscripto. “La historia materna y su prehistoria transgeneracional, reactivadas en los primeros intercambios con su bebé, constituyen para este las primeras referencias de su mundo interno” (Tisseron, 1997) y actúan como guías o modelos a seguir sobre los cuales el niño puede basar sus comportamientos.

Se puede decir entonces que la identificación del niño con sus padres y viceversa, juega un papel fundamental en la transmisión psíquica. Al identificarse con los deseos y objetos de deseos conscientes e inconscientes de sus progenitores se favorece en los descendientes “la repetición de una generación en otra de elecciones amorosas, profesionales o de pasatiempos, pero también de rasgos de carácter o de personalidad” (Tisseron, 1997).

4.1. Imágenes psíquicas

Como fue anticipado anteriormente, las imágenes psíquicas juegan un papel decisivo a la hora de la formación de la personalidad del individuo. Estas son testimonio de la vida psíquica de cada individuo, por lo cual son altamente subjetivas y escasamente compartibles. Sin embargo, cuando el niño percibe en alguno de sus progenitores un secreto, o un sufrimiento que desea ocultar, se despierta en él la necesidad de representación (Tisseron, 1997). Se transmite entonces lo que Tisseron (1997) denomina como “aspiración cognitiva preimagenizante”, esta aspiración es anterior a la formación de la imagen mental, y estará soportada por las diversas formas de la comunicación sensorio-afectivo-motriz, vocal y verbal de los padres.

Sin embargo, “Veremos que las imágenes psíquicas, en las influencias inter y transgeneracionales, tienden a funcionar más bien como indicios” (Tisseron, 1997).

Estas no hacen referencia explícita a los sucesos, sino que son movilizadas por diferentes influencias. El mencionado autor describe cuatro: las influencias en la modalidad sensorio-afectivo-motriz, por el lenguaje en su aspecto vocal, por el lenguaje verbal en el aspecto de las significaciones organizadas por las palabras y las imágenes materiales u objetos susceptibles de provocar o mantener imágenes psíquicas.

Las influencias en la modalidad sensorio-afectivo motriz describen uno de los primeros modelos de pensamientos que se instalan en el bebé. Esto se da gracias al encuadre que se forma a partir de la simbiosis psíquica que hay entre él y la madre cuando todavía no hay diferenciación entre ellos. “La madre “adapta” sus comportamientos en función de sus propias representaciones psíquicas...” (Tisseron, 1997), esto se ve reflejado en cómo lo carga, lo alimenta, en cómo se relaciona con él en general. El niño constituye así su primer encuadre de pensamiento, a partir del cual comienza a formar su personalidad, adquiere modelos de relacionamiento y las primeras representaciones del mundo. En este estadio prima el comportamiento por sobre la imagen.

En cuanto a las influencias por el lenguaje vocal se puede observar que son percibidas por el bebé desde antes que este tenga sentido para él. La vocalización, la fonética, los gritos, los suspiros, van dando indicios al niño de los estados emocionales de los adultos, es así que las primeras representaciones están asociadas al sonido de las palabras que los padres utilizaron en esas experiencias. Más adelante, esto influye en las representaciones, sentimientos y comportamientos del sujeto, sin que este pueda ser consciente de la razón y tal vez los viva como extraños (Tisseron, 1997).

Por último, las influencias por el lenguaje verbal están íntimamente relacionadas con las anteriores y funcionan juntas. Se transmiten a través de expresiones y palabras, mandatos, acontecimientos, anécdotas, valores, perpetuando así el discurso familiar y/o social histórico. En algunos casos, los fragmentos de lenguaje pueden desplegarse de forma enigmática, con el objetivo de esconder ciertos sucesos que no se desea salgan a la luz en la mayoría de los casos por vergüenza. Sin embargo, estos terminan despertando y orientando o guiando la imaginación de los niños, que se ve estimulada por la información incompleta que les otorgan los adultos.

Entonces, para que las imágenes puedan ser transmitidas, requieren por un lado “un punto de apoyo sensorio-afectivo-motor ligado a las situaciones emocional y afectivamente vividas por el niño” (Tisseron, 1997), y por el otro una evocación enigmática por parte del progenitor que convoque e incentive la imaginación del niño a descubrir lo que este oculta sin que tenga que ponerlo en palabras.

5. Pactos, lealtades familiares y vínculos

Los vínculos familiares inciden también en la formación de pactos y lealtades familiares. Berenstein (1997) los describe como “sub estructuras dentro de la estructura familiar”, y es a partir de ellos que surgen pactos, acuerdos, reglas y lealtades familiares. Estos a su vez definen y regulan los vínculos, convocan al individuo a continuar con los legados y los mandatos familiares y refuerzan el sentimiento de pertenencia al grupo familiar. Berenstein (1997) los denomina “contratos familiares” distinguiendo entre ellos tres modalidades diferentes: acuerdos, pactos y reglas inconcientes.

Con los acuerdos, se intenta coincidir en algo que sea beneficioso para todas las partes involucradas, combinando los aportes de todos se crea algo más que la simple suma de las partes, con la particularidad de ser un único resultado posible. Los acuerdos abren la puerta a encuentros con un intercambio afectivo y emocional mayor y más complejo, resultando en un sentimiento de unicidad “donde se exaltan las semejanzas y se minimizan las diferencias” (Berenstein, 1997). Estos se dan de manera mayormente inconciente, si bien sus formulaciones tienen algo de concientes.

En los pactos, a diferencia de los acuerdos, se hacen concesiones, es decir que las partes se ven forzadas a obtener lo deseado cediendo en otros aspectos. Existen obligaciones entre las partes que aseguran el cumplimiento de lo pactado. Con el pacto se aceptan las diferencias, y los límites de cada individuo son remarcados evitando así la fusión de las partes.

Las reglas tienen un carácter más universal, rigen y determinan las decisiones de las familias de una cosa por sobre la otra a nivel grupal, “se convierten en el universo significativo para esa familia, en consonancia o disonancia con los ideales socioculturales” (Berenstein, 1997). A partir de las reglas se determina qué objetos poseen las características deseables para su elección y posterior formación de pactos y acuerdos. También se definen los parámetros de cómo ser y cómo no ser, de lo bueno y lo malo, que también influirán en la elección del objeto.

Acuerdos, pactos y reglas pueden entonces ser transmitidos de generación en generación y pueden también influenciar los vínculos de manera tal que el sujeto se sienta presionado a seguir repitiendo lo que se le fue transmitido y copiando los vínculos que se estilaban en su entorno familiar. La persona se ve así condicionada a continuar con ciertas acciones a partir de acuerdos o pactos que se hayan forjado anteriormente entre sus ancestros, como por ejemplo comprometerse a guardar un secreto como se verá

más adelante. También puede verse sometido a seguir reglas que hayan sido establecidas por estos.

Por su parte, Boszormeny-Nagy y Spark (1994), se enfocan en las lealtades invisibles que se forman en el grupo familiar, las cuales promueven su mantenimiento y su supervivencia. Estos autores explican que “para ser un miembro leal de un grupo, uno tiene que interiorizar el espíritu de sus expectativas y asumir una serie de actitudes pasibles de especificación, para cumplir con los mandatos interiorizados”. Estos mandatos pueden provenir de demandas externas u obligaciones interiorizadas, y su incumplimiento puede llevar a sentimientos de culpa, los cuales actúan como reguladores para la mantención del homeostasis del grupo.

La lealtad entre los individuos de un grupo familiar funciona como un hilo que mantiene la unidad dentro del mismo, fomenta el sentimiento de pertenencia y es fundamental para entender de qué manera se relacionan sus integrantes. Los miembros del grupo pueden verse llevados a comportarse de manera leal ya sea por coerción externa, por su interés propio de pertenecer y mantenerse en el mismo o por sentimientos de obligación. Estos pueden ser reconocidos conscientemente o puede convocar a los sujetos de manera inconciente.

Qué compromiso se requiere del individuo para el correcto mantenimiento de las lealtades dependerá de cada contexto particular ya que:

“Mientras que la estructuración de la lealtad está determinada por la historia del grupo, la justicia del orden humano y sus mitos, el alcance de las obligaciones de cada individuo y la forma de cumplirlas están codeterminados por el complejo emocional de cada miembro en particular y por la posición que por sus méritos ocupa en el sistema multipersonal”. (Boszormenyi-Nagy & Spark, 1994, pág. 39)

Este sistema que mencionan los autores hace referencia al registro que se lleva en cada familia de lo que cada individuo ha brindado o aportado en forma de disponibilidad y de lo que ha recibido o tomado en forma de apoyo. Se generan así cuentas invisibles, que pueden tener saldo a favor o en contra y que direccionan y forman las relaciones dentro del grupo. Las formas aceptadas de pago para saldar las deudas y lo que estas implican para el sujeto dependerán exclusivamente de las reglas internas que rigen en cada grupo. Conductas que tal vez puedan parecer extrañas desde el afuera, pueden tener total sentido dentro del grupo familiar, ya que “En última instancia, en una familia la lealtad dependerá de la posición de cada individuo dentro del ámbito de justicia de su universo humano, lo que a su vez conforma parte de la

cuenta de méritos intergeneracional de la familia” (Boszormenyi-Nagy & Spark, 1994, pág. 40). Esto implica que si se es injusto con el sujeto el grupo estará en deuda con él y si por el contrario han actuado de manera justa con él, es el sujeto quien estará en falta con el grupo. Todo esto siempre estará basado en los estándares de justicia que rijan dentro de cada grupo familiar.

Como se puede ver en la literatura consultada, el registro de las cuentas, con su saldo a favor o en contra es acumulativo. Todo comienza con la deuda a los progenitores, que proveen a su hijo de los cuidados necesarios para su desarrollo desde que nace, este “tendrá que saldar su deuda en el sistema de realimentación intergeneracional, internalizando los compromisos previstos, satisfaciendo las expectativas, y con el tiempo, transmitiéndoselas a su prole” (Boszormenyi-Nagy & Spark, 1994, pág. 46). Es decir que la deuda no termina cuando la persona fallece, sino que puede ser devuelta en sus propios hijos, o con cuidados cuando lo progenitores son ancianos.

Las nuevas generaciones pueden entonces cargar con deudas que intentarán saldar, o con saldos a favor que podrán cobrar cuando lo necesiten. Todo esto se da de manera inconsciente y es visto como natural dentro de la familia. Schützenberger (2013) por su parte, habla sobre una “*contabilidad familiar implícita*”, y explica que no hay distancia geográfica capaz de liberar al sujeto de sus deudas familiares, o lo que es lo mismo, de las adquiridas por sus antepasados.

Schützenberger (2013) y Boszormenyi-Nagy y Spark (1994) coinciden en que la repetición sin cesar de una misma actitud, hace referencia a la imposibilidad de desplazamiento de los roles asignados. Estos se encuentran como fijados a las necesidades y obligaciones familiares, y mientras esto no se modifique, la resolución de las cuentas se verá bloqueada, y se repetirá y postergará indefinidamente, derivando en neurosis u otros síntomas.

Podemos ver entonces que se considera miembro leal a aquél que lucha porque sus intereses propios y los del grupo estén alienados (Boszormenyi-Nagy & Spark, 1994), lucha por mantenerse en el rol asignado. Hacer conscientes estos pactos o lealtades, sacarlos a relucir implica no solo un movimiento de los roles designados sino también un cierto nivel de traición de la complicidad y de la colaboración dentro de la familia, y si bien esto es importante para la madurez y el crecimiento emocional, lleva consigo una gran pérdida y un desequilibrio relacional. Kaës expresa en este sentido que “... no es extraño que el descubrimiento del anudamiento intersubjetivo del síntoma

sea vivido como la revelación de una violencia: la de un cierto desposeimiento de la subjetividad del sujeto” (Kaës, 2006).

Todo niño nace portador de una misión, explica Rozenbaum (2018), de tener que asegurar la continuidad de la generación, de recomponer lo que su familia no pudo en su momento. Esta misión le es asignada a partir de los contratos inconcientes.

“Somos, finalmente, en cierto modo, *menos libres de lo que creemos*. Sin embargo, podemos *reconquistar nuestra libertad* y salir de la repetición *comprendiendo* lo que pasa, atrapando esos hilos en su *contexto* y en su complejidad. Podremos, al fin, vivir así nuestra propia vida y no la de nuestros padres o abuelos...”. (Schützenberger, 2013, pág. 29)

Se puede ver entonces que es haciendo concientes los pactos, acuerdos, reglas y lealtades inconcientes que el individuo logra moverse del rol ocupado dentro de la familia, este cambia o se pierde, su percepción como participante de ese grupo se verá a su vez modificada y la posibilidad de desvinculación del grupo se vuelve latente (Boszormenyi-Nagy & Spark, 1994).

6. Mitos y secretos familiares

Como se ha dejado traslucir a lo largo de esta monografía, los mitos y los secretos familiares representan un papel fundamental en la transmisión. Es pertinente entonces comprender qué se entiende por cada uno de ellos e indagar en cómo influyen en los procesos de transmisión transgeneracional.

Los mitos son considerados “fantasías inconcientes grupales transgeneracionales que forman parte del universo simbólico familiar” (Nicoló Corigliano, 1996) y hacen la mayoría de las veces referencia a la historia familiar. A partir de la “elaboración transgeneracional” (Losso & Packciarz Losso, 2007), los contenidos son incorporados en el psiquismo de las nuevas generaciones, desarrollándose y promoviéndose de esta manera, la historia o mito familiar. Estos pueden ser remodelados a través del tiempo, cada integrante toma elementos que cree necesarios para así crear su propia versión. Sin embargo, se debe tener en cuenta que el núcleo de origen, muchas veces escondido a las nuevas generaciones, permanece intacto e inalterable.

Si bien las generaciones actuales pueden ignorar el origen de los mitos, contribuyen a su permanencia y perpetuación en la historia familiar, ya que a partir de estos se perpetúa también su cultura y sus tradiciones. El mito tiene como propósito que el grupo se centre en el pasado y se incentive la repetición. Este se tiene como

referencia para momentos de crisis y se emplea como instrumento defensivo ante la ansiedad perturbadora del cambio inminente que estos implican (Nicoló Corigliano, 1996).

Otra característica esencial de los mitos, es que son aceptados por todos los miembros del grupo familiar por más que su creencia implique grandes distorsiones de la realidad. Además, estos no pueden ser comprendidos fuera del rol que desempeñan dentro del grupo ya que solo tienen sentido dentro de las particularidades de cada grupo. Los integrantes de la familia perciben la realidad a través del mito, este la describe y les enseña como percibirla, actuando como un par de lentes a través de los cuales se observa el afuera (Nicoló Corigliano, 1996).

Los secretos familiares comparten con los mitos el hecho de ser perpetuados transgeneracionalmente, aunque las generaciones de hoy en día no conozcan su origen son cómplices de conservarlos y estos tienen efectos en sus modos de relacionamiento y percepción de la realidad que habitan.

Sin embargo, los secretos no siempre tienen una connotación negativa. Estos nos proveen de protección, ya que no tener ninguno deja al sujeto vulnerable y expuesto frente al entorno, la privacidad es un ámbito esencial en la vida del individuo y es lo que le permite establecer límites entre el adentro y el afuera (Roig, 2014). Aulagnier (2018) habla del derecho a poder guardar un secreto y expresa que la capacidad de mantener uno debería ser considerado “una conquista del Yo”, ya que implica la creación de un lugar psíquico propio y la autonomía del sujeto. Son los que algunos autores nombran como “secretos saludables” (Roig, 2014). Los problemas surgen cuando atentan contra los vínculos del individuo. Si bien hay algunos que evitan la desintegración familiar, los vínculos se verán en la mayoría de los casos afectados. La gravedad del secreto se aprecia en el esfuerzo y desgaste emocional constante que el individuo emplea para preservarlo. Otra característica a tener en cuenta, es que quienes comparten el secreto tienen un cierto poder sobre quienes lo desconocen, y sus acciones se verán influenciadas por el mismo, ya sea con la prohibición de compartirlo o poniendo condiciones sobre cómo hacerlo visible (Roig, 2014).

Si el secreto contiene un trozo de historia que debe ser silenciado o excluido, se ve que el pasado se transforma en un presente continuo sin capacidad de elaboración, anulando la capacidad historizante del yo. La manera de que el sujeto pueda seguir adelante, es con el develamiento del secreto ya que cuando este se hace conciente pierde su peso (Duek, Califano, Becker, & Waisbrot, 1989).

Un secreto familiar implica “datos históricos parcialmente conocidos por los integrantes del grupo; a menudo, cada uno sabe y silencia un aspecto de un tema cuya mención en el conjunto está vedada; hay acuerdos no manifiestos en relación con la evitación del mismo” (Rojas, 2010). Estos encuentran su camino a las nuevas generaciones a partir de una comunicación no verbal, esto es a través de las imágenes psíquicas, tema que fue explicado anteriormente en el capítulo 4.1, “lo que está vedado o es imposible decir, no está vedado tratar de representárselo” (Tisseron, 1997). Se entiende entonces que todo aquello que sea reprimido y ocultado por ser considerado vergonzoso y doloroso por una generación será reproducido o actuando en las generaciones siguientes, “una de las principales consecuencias del secreto es la tendencia a la repetición en las generaciones posteriores” (Roig, 2014).

Se puede apreciar cómo los secretos impactan en los grupos familiares en la disfunción que estos generan, estableciendo maneras de percibir las cosas, creando reglas en torno a temáticas que se consideran prohibidas o tabú, limitando la libertad de elección y condicionando el pensamiento. Implican en el sujeto un estado de constante alerta para que lo oculto no se descubra, muchas veces esto deriva en la creación de un yo falso como estrategia de protección, lo que muchas veces puede derivar en que este termine aislado. Contribuyen a que los miembros del grupo familiar continúen encadenados, impidiéndoles resolver temas del pasado que como se vio en el párrafo anterior se repetirán en las generaciones venideras. Generan también alianzas entre las generaciones comprometidas a guardar el secreto. (Roig, 2014)

El encubrimiento de eventos que pueden haber sido traumáticos para el sujeto, que le generen suma vergüenza o que él siente atentan contra su psiquis deriva en la transmisión de objetos no transformables, mencionados anteriormente. El individuo no puede expresar su dolor, lo único que puede hacer es ocultarlo, y al ocultarlo no puede transitarlo ni elaborarlo, es por esto que pasan en estado puro a las generaciones siguientes. Este tipo de transmisión es abordado por autores como Faimberg con su concepto de telescopaje generacional y por Abraham y Torök con sus concepciones sobre cripta y fantasma.

7. Telescopaje generacional

El concepto de telescopaje generacional es introducido por Faimberg (2006) para hablar sobre “un tipo especial de identificación inconciente alienante que condensa tres generaciones y que se revela en la transferencia”. Este tipo de identificación difiere de la abordada anteriormente, y surge de la regulación narcisista de los padres, a partir de la cual, siguiendo la lógica del principio del placer, todo lo que genere disconformidad

o displacer en el yo será adjudicado en un objeto externo. La función de apropiación, descrita como el primer momento de amor narcisista en el cual los padres se identifican con el niño, y la función de intrusión, momento de odio narcisista que lleva a estos padres a depositar todo lo que rechazan de sí mismos en el niño son características de la regulación narcisista (Faimberg, 2006).

Es a partir de la identificación alienante que los padres, cuyo amor por sus hijos no es otra cosa que el renacer de su narcisismo (Freud, 1914), que se deposita en el niño todo lo que repudian de ellos mismos, su no-yo. El yo representa lo placentero, y el no-yo se equipara con el displacer. Pero a su vez se atribuyen y se apropian de todas las características positivas de su hijo, este queda entonces exclusivamente en el lugar del no-yo de los padres, identificándose así de manera escindida con lo positivo y lo negativo de forma simultánea. Como resultado de esto, la identidad del niño se forma como negativa (Faimberg, 2006).

Se considera entonces a este tipo de identificación como alienante porque “no supone, ..., el reconocimiento de un espacio psíquico propio del niño, y porque éste se identifica con una organización extraña que pertenece a otro, a los aspectos que ese otro rechaza de su historia personal” (Larbán, 2011). La historia de los padres queda como encajada y condensada en la historia de la vida del niño, y como resultado los deseos propios del niño, sus anhelos no tienen lugar (Nussbaum, 2009).

Se ve que, por un lado, el niño es odiado por aquello que los padres perciben que lo hace diferente y lo distingue de ellos y, paradójicamente, porque representa y es aliado de la historia que estos no pueden aceptar de sí mismos. Esta función alienante, deja al niño con un sentimiento de extrañeza, ya que esto que lo habita le es ajeno y no pertenece realmente a su psiquismo. Su identidad se va formando a partir de lo negativo, va quedando sujeto a lo que sus padres dicen o callan y sin ser capaz de interpretar su propio psiquismo (Faimberg, 2006). Se encuentra como tomado por lo que sus progenitores le dan a entender a través de las imágenes psíquicas, sobre las cuales se entró en detalle anteriormente.

Faimberg (2006) explica que son necesarias tres generaciones para el telescopaje, ya que para que los padres se puedan identificar de esa manera con su hijo, es necesario que ellos a su vez se puedan identificar con otra generación anterior y estén inscritos en su propio sistema familiar.

Otro concepto clave a tener en cuenta es el de la historización. El telescopaje da cuenta de un tiempo circular, en el que ciertos aspectos se vuelven a repetir una y otra

vez. Sin embargo, lo que marca la diferencia entre una generación y la otra, es el paso del tiempo. A partir de la historización, que se define como el conocimiento de una historia secreta que permite al individuo armar el puzzle de su pasado, este es capaz de cambiar los efectos que tienen en él hoy en día. Historizar le permite al sujeto “restituir la historia en tanto esta pertenece al pasado” (Faimberg, 2006), así como también separarse y diferenciarse de las generaciones que lo preceden.

7.1. Cripta y fantasma

Los conceptos de cripta y fantasma son introducidos por Abraham y Torök (2005) para explicar cómo aspectos del pasado, normalmente vergonzosos, que generan angustia en el sujeto y que quieren ser enterrados y mantenidos en secreto, se hacen presentes en las generaciones siguientes.

La cripta es un lugar definido entre el inconciente y el Yo, que tiene como función resguardar ese secreto tan temido.

El guardián de esta cripta es el Yo, y es quien se encarga de vigilar quienes tienen acceso a lo que contiene la cripta, cuidando que no haya ninguna fuga, que nada se filtre a los ojos curiosos del entorno. Utilizando diversas maniobras y manipulaciones, como pistas falsas y tumbas ficticias, se encarga de confundir y engañar a los entrometidos que intenten acceder. Es así que el pasado se mantiene vivo en el sujeto portador de la cripta “como un *bloque de realidad*, tenido en vista como tal por las denegaciones y desmentidas. Si bien esta realidad no puede morir completamente, tampoco puede pretender volver a la vida” (Abraham & Torök, 2005).

Para que la cripta se forme, es necesario que ese secreto inconfesable y angustiante del que hablamos anteriormente, involucre un objeto que ocupe el rol del Ideal del Yo. Es así y por medio de lealtad a este objeto, que el sujeto se comprometerá a guardar y encubrir el secreto (Abraham & Torök, 2005).

Cuando hay una pérdida de objeto que no puede ser confesada ya sea por temor, por vergüenza o por el dolor que esta genera, el sujeto se protege incorporándolo, negando así haberlo perdido. Se da entonces una escisión del yo, que le permite estar en parte ocupado por este objeto que se niega a perder, y el cual se “resguarda como un muerto-vivo, dentro de la cripta que se ha formado en el seno del yo” (Segoviano, 2008).

La cripta se puede ver entonces como una forma de negación, a partir de la cual el sujeto logra protegerse del dolor causado por la pérdida que sufrió. Los autores agregan además que esta formación puede ser transmitida a la generación siguiente

por medio del fantasma que volverá mediante actos que el sujeto no sabrá comprender ya que no cuenta con las llaves para acceder al secreto.

Es importante entender a qué se hace referencia cuando se habla de fantasma. La cripta está habitada por uno, que atormenta al sujeto y no le permite que su secreto sea olvidado. “El fantasma parece proseguir su obra en silencio y en secreto. Se manifiesta por medio de palabras ocultas, por un no-dicho, por un silencio, por grietas en la realidad, por lagunas dejadas por los secretos de otro” (Schützenberger, 2013, pág. 77) rehusándose así a ser negado y abandonado en el pasado. El fantasma resulta entonces de los efectos que tiene sobre el inconciente de un individuo la cripta y el fantasma de otro, y es el testimonio que delata la existencia de un muerto enterrado en un vivo (Abraham & Torök, 2005).

El fantasma es entonces lo que define “la forma en la que un individuo puede estar atormentado por el secreto de un antepasado, del cual por tanto ignora todo” (Canault, 2015, pág. 43). Haciendo referencia a Abraham, Canault (2015) explica que de la cripta que se forma en una generación, se origina el fantasma que, por medio de la transmisión inconciente, se presenta en la próxima generación.

El hijo de un padre portador de cripta, se encontrará con un silencio selectivo proveniente de este en su intento por mantener resguardado y encriptado el secreto, lo cual deriva en que su psiquismo esté marcado por una falla global. El fantasma intentará ser simbolizado en esta primera generación por el niño, que motivado por la curiosidad que el mensaje irregular que le trasmite el progenitor le suscita, empleará un gran esfuerzo psíquico para intentar comprender lo que sucede. Se puede ver también como “Parte de los hijos de un padre portador de cripta serán llevados a una actividad fantasmática [fantomatique] que procura reencarnar un objeto de amor perdido para un padre que ha seguido enlutado por él” (Nachin, 1997). Lo que para el padre es indecible, se vuelve innombrable para el hijo, y este intentará actuar lo que el padre lleva en la cripta. En la segunda generación, esto es en el portador de un fantasma descendiente de otro portador de fantasma, lo que para su padre es innombrable es para él impensable. Esto se transmite en comportamientos, sensaciones y síntomas bizarros (Nachin, 1997).

En estas situaciones, hay un miembro dentro de la familia que es el portador de un acontecimiento vergonzoso que se desea ocultar, este estará ligado a alguno de sus ancestros. El miembro portador se encarga de impedir que los demás integrantes de la familia hagan preguntas al respecto, que descubran eso que debe ocultar; esto lo logra

por medio de diversas maniobras con las cuales engañara a aquel que insista en husmear (Eiguer, 2001).

8. Introyección y transmisión traumática

Con los conceptos desarrollados anteriormente de telescopaje, cripta y fantasma, se puede ver que se hace alusión a una transmisión negativa, la cual puede resultar traumática.

Se puede definir el trauma psíquico como todo evento o experiencia que tiene un efecto disruptivo en la vida del sujeto, produciéndole trastornos y dejándole secuelas (Larbán, 2011). El individuo se ve conmocionado, sus barreras defensivas son derribadas y no es capaz de asimilar los hechos ni de introyectarlos.

La introyección consiste en el proceso a partir del cual toda experiencia nueva que llega a la vida del sujeto deberá pasar por un proceso de familiarización para que este pueda apropiársela. Cuando esto no es posible, deviene un sufrimiento psíquico que hace referencia a un traumatismo, ya que el psiquismo intentó, pero falló en elaborar y en apropiarse de eso que le llegó del exterior. La posibilidad o imposibilidad de introyección no depende de la gravedad del suceso en sí, sino de los medios o falta de ellos que tenga cada persona para elaborarlo (Tisseron, 1997).

Si este evento es condenado a ser guardado como secreto, actúa lo que Abraham y Torök (2005) denominan la “represión conservadora”. Este tipo de represión conserva el acontecimiento tal y como está, sin posibilidades de transformarlo. Sin embargo, vive en el sujeto la esperanza, aunque secreta, de hacerlo revivir para otorgarle un nuevo desenlace. Es a partir de esto que se forma la cripta anteriormente descrita.

“La vida psíquica es un trabajo de auto-elaboración siempre renovado” (Tisseron, 1997), y cuando esta elaboración es realizada de manera satisfactoria se da la introyección. Sin embargo, cuando el sujeto no es capaz de hacerlo, transmite en sus descendientes la necesidad de simbolizar lo que él no pudo.

Por otra parte, hay autores como Benyakar (2016) que expresan que no existen eventos traumáticos en sí, sino que existen eventos disruptivos con la potencialidad de “irrumper en el psiquismo y producir reacciones que alteren su capacidad integradora y de elaboración”, esto es eventos potencialmente traumáticos. Advirtiendo que al asignarle a un evento el peso de traumático no se está teniendo en cuenta la especificidad del sujeto, del evento y de la relación de estos entre sí.

Este autor distingue entonces entre evento fáctico, vivencia y experiencia. El evento fáctico es todo aquello externo al sujeto que tiene la potencialidad de irrumpir en el sujeto o en comunidades alterando su homeostasis. Un evento fáctico se convierte en disruptivo cuando desorganiza, desestabiliza y desajusta el psiquismo del individuo. Si bien hay eventos que son disruptivos, “La desorganización y lo que ocurra con ella no le pertenecen al evento sino que dependen del sujeto que lo vive” (Benyakar, 2016).

La vivencia hace referencia a lo interno del sujeto, a su actividad psíquica y es testimonio del contacto y de la articulación del mismo con el mundo exterior. Si la irrupción de un evento fáctico rompe el equilibrio y se conserva en el psiquismo, se puede hablar de vivencia traumática. Es a partir del encuentro de este evento disruptivo del mundo externo con el mundo interno del sujeto y su vivencia que se podrá determinar si el suceso es traumático o no.

Por último, la experiencia es la articulación, la conjugación entre la vivencia y el evento fáctico, “remite al modo en que nuestro psiquismo procesó el impacto que nos hizo tal evento” (Benyakar, 2016). El autor habla de vivencia traumática cuando la articulación de la experiencia falla, cuando el evento disruptivo penetra el psiquismo y se conserva allí, sin posibilidad elaboración.

Más allá de estas diferencias, los referentes coinciden en que para que un evento sea considerado traumático, tiene que tener como característica fundamental la disrupción del espacio psíquico que deja al sujeto sin posibilidad de elaboración ni introyección. Además, lo que se transmite no son palabras, sino cosas en bruto como lo llama Segoviano (2008), el individuo intentará entonces poner en palabras esto que le fue transmitido sin elaboración.

Cuando uno o ambos progenitores atraviesan una situación que los irrumpe y los sacude, y no son capaces de encontrar la manera de metabolizar la experiencia, esta será escindida del psiquismo convirtiéndose en piezas inconcientes de la psiquis que serán transmitidas a través de acciones y alianzas al niño. Este último se pone al servicio de sus padres para poner en acto lo que estos no pueden comunicarle, “el sujeto vive el mundo que le deja ver el objeto” (Laguna, 2014), y puede quedar inmovilizado en una constante repetición ya que el sujeto no es capaz de incorporar la situación traumática.

Los referentes de la bibliografía consultada coinciden también en que estas experiencias movilizadoras que no pueden ser elaboradas y que generan traumas en los individuos no caducan, y no solo eso, sino que “tienen además el poder de traspasar las barreras generacionales perforando fronteras borrosas entre diferentes psiques,

continuando de este modo sus potenciales efectos patógenos” (Rozenbaum, 2018). Se puede entender entonces por transmisión traumática a aquella donde lo transmitido no tiene posibilidad de transformación ni elaboración y el sujeto no puede apropiarse de lo que le ha sido transmitido.

Siguiendo con la idea de que los traumas no caducan, Tisseron (2000) señala como “...un traumatismo vivido en una generación no se trasmite, sino que rebota sobre varias generaciones.”. La primera generación es la que sufre el trauma y comienza a cargar con el secreto, el cual tiene como característica ser *“indecible”*. El sujeto se ve dividido entre querer compartir su experiencia traumática para poder transitarla y entre querer olvidarla, sepultarla.

Cuando no se puede poner en palabras el evento disruptivo, lo único que puede hacer el individuo es transmitir lo sucedido y sus efectos de manera fragmentada, haciendo alusión a los hechos o a través de acciones. Se generan entonces simbolizaciones parciales que su entorno percibe como confusas y por ende perturbaciones de la comunicación que afectan a todas las relaciones con el entorno cercano, y especialmente con los hijos. Las construcciones que se generen en ellos a partir de estos fragmentos, si bien darán testimonio de que existe algo oculto que sus padres no pueden verbalizar, serán confusas y darán tan solo indicios de lo que se oculta.

La segunda generación tan solo puede percibir atisbos del trauma o secreto que carga la generación anterior, estos hechos son para estos *“innombrables”*, “no se puede hacer ninguna representación verbal: su contenido se ignora y solo su existencia se presiente y cuestiona” (Tisseron, 2000).

Para la tercera generación, la de los nietos, el secreto se vuelve *“impensable”*. Se vuelve aquí sobre el tema de los secretos que fue desarrollado anteriormente, pero poniendo foco en sus aspectos traumáticos. Lo que el sujeto percibe del secreto original es todavía más sutil, lo puede vivenciar como sensaciones extrañas y ajenas a él; encontrar el punto de origen de estas vivencias desconocidas y los efectos que estas tienen en ellos será más difícil aún de detectar y por ende sus efectos serán a su vez más graves. “Los efectos del secreto ya no están delimitados ni son localizables como en la generación precedente; son difusos y provocan deformaciones de las cuales el padre de la segunda generación del secreto no tiene la clave” (Tisseron, 2000). Schützenberger (2013) opina sobre esto que, en esta generación pueden aparecer como forma de síntoma adicciones, cuya raíz se vuelve muy difícil de encontrar para el psicoanalista que no está entrenado para indagar transgeneracionalmente.

“La imagen de un acontecimiento traumático no superado es, para quien lo ha vivido, una realidad psíquica de la que nunca llega a desprenderse totalmente” (Tisseron, 1997). Con el paso de las generaciones, los síntomas se vuelven cada vez más difíciles de rastrear, pero no desaparecen, siempre quedan indicios. Se van metamorfoseando para amoldarse a las nuevas generaciones e individuos particulares para seguir sobreviviendo y así poder seguir siendo transmitidos.

Sin embargo, a partir de la tercera generación se abre lugar a nuevos secretos, que pueden estar determinados por los secretos de sus predecesores en un intento de dominarlos, de alejarse del lugar de depositario pasivo, y comenzar a tener un rol activo que controla lo que le sucede. Este nuevo secreto encubrirá al antiguo, y así sucesivamente (Tisseron, 2000).

Las imágenes psíquicas, explicadas anteriormente, suscitan en los niños la curiosidad de develar eso que se les presenta como inaccesible de sus padres ya que generan obstrucciones en su relacionamiento con ellos, pues un progenitor que se encuentre tomado por un evento traumático se encuentra poco o nada disponible. El niño intentará ligar la angustia que siente por este progenitor no disponible con lo que se oculta llenando las lagunas, formará imágenes a partir de lo que ve o siente que moviliza a sus padres guiado por el deseo de comprender lo que se le oculta para intentar aliviar la angustia de los mismos y simbolizar lo que estos no han logrado (Tisseron, 2000).

Valiéndose de los aprendizajes y de las lecciones aprendidas de los ancestros y de las nuevas herramientas que se vayan creando en el cruce entre estas y las propias, las nuevas generaciones estarán mejores preparadas para enfrentar lo que las anteriores no pudieron. Una mirada fresca sobre un antiguo problema, podrá darle otra mirada, aceptarlo de manera diferente, acomodarlo al tiempo presente, o directamente desestimarlos por falta de relevancia.

Frente a una situación traumática y la angustia que esta genera se presentan ante el sujeto dos caminos, explica Ana María Nicoló (1996), quedarse estancado en el tiempo atrapado por la compulsión de repetición o moverse motivado por la angustia a buscar creativamente maneras de elaborar el trauma, como se verá más adelante en el texto.

8.1. Duelos ancestrales

Todo duelo no elaborado, o no introyectado, puede ser transmitido como evento traumático. Cuando se habla de duelo se hace referencia a toda “reacción frente a la

pérdida de una persona amada o de una abstracción que haga sus veces...” (Freud, Duelo y melancolía, 1986), que si bien trae consigo desviaciones de la conducta relevantes, se entiende que con el tiempo será superado. En un duelo considerado normal, la pérdida del objeto se vence y la energía que el sujeto tenía depositada sobre él vuelve al yo. El duelo se considera patológico cuando la energía que el yo tenía investida en el objeto no puede regresar, y se va con el objeto perdido y el yo se culpa por esto.

Si se entrelaza lo que Freud consideraba duelo con la temática de lo transgeneracional, nos encontramos con los duelos ancestrales. Estos se asemejan de alguna manera a los duelos patológicos ya que el sujeto no puede poner en palabra lo que se ha perdido, pero difieren en que la elaboración del duelo no remite solo a la pérdida propia, sino que es una pérdida no elaborada de un ancestro, que tiene efectos hoy en el presente sobre los descendientes (Werba, 2002).

Otros autores denominan a estos duelos como transgeneracionales, ya que tienen que ver con una “muerte no admitida y ocurrida dentro del sistema familiar antes del nacimiento de la persona/paciente, y que marcó profundamente a la familia” (Vergara, 2014). Estos duelos quedan como congelados, volviendo a resurgir en la vida del sujeto que actúa como un “proyector de cine”, donde la película que se pasa es la de la vida de alguien que ha fallecido. Para esto no es necesario que el sujeto sea consciente de la pérdida ni de lo que haya sucedido (Vergara, 2014).

Entonces, hay un duelo que no pudo ser procesado por el ancestro y se presentan, o se ven vehiculizados en los descendientes para que estos intenten hacerlo, esto es posible ya que los ancestros tienen la cualidad de ser “personajes idealizados, cuya representación ha sido investida con una fuerte carga libidinal y/u hostil y que a modo de “muertos vivos”, no han logrado, (...), una verdadera sepultura psíquica en sus descendientes” (Werba, 2002). Esta idealización les permite hacerse presentes en las nuevas generaciones, capturando y apropiándose de partes de su psiquismo, alienándolo.

“Tanto en los duelos como en los secretos provenientes de generaciones anteriores, los descendientes recibirán la carga de tomar para sí aquello que corresponde a una historia que en parte no les es propia y deberán realizar con ella algún tipo de trabajo psíquico plus, destinado a la elaboración de lo que las generaciones anteriores dejaron en suspenso”. (Werba, 2002)

9. Resignificación e historización

Es esencial para su desarrollo psíquico que el sujeto pueda ser capaz de reconstruir ese pasado, que vive como ajeno pero que lo atosiga en su presente, para poder así darle sentido a los eventos percibidos como traumáticos o los duelos ancestrales. Como dice Freud (1980), con la frase extraída de Goethe “Lo que has heredado de tus padres adquiérela para poseerlo”, haciendo referencia con esto a que mientras no seamos capaces de elaborar e incorporar eso que se nos fue transmitido, le seguirá perteneciendo a nuestros ancestros y continuará habitándonos como algo ajeno.

Frente a la incapacidad de elaborar una situación disruptiva, el sujeto se ve enfrentado con dos caminos: uno es el de la repetición, que fue abordado anteriormente en el capítulo 2.2, pero también está la posibilidad de una solución creativa (Vergara, 2014), ya que “en la instancia de la repetición siempre está la posibilidad del quiebre de la misma que permite que surja lo nuevo y lo creativo” (Rotenberg, 2008). La creatividad del sujeto y sus posibilidades de innovación muchas veces suelen verse imposibilitadas por las identificaciones alienantes que le impiden poder reelaborar lo heredado y lo compele a seguir repitiendo (Nussbaum, 2009). Sin embargo, una de las maneras en que esto puede ser logrado es a través de la historización, concepto que fue introducido brevemente en capítulos anteriores y se entiende como:

“La posibilidad de “historizar” dentro del proceso analítico da la oportunidad de que se rompa el tiempo circular de la repetición y de que el trauma pierda valor patógeno. En este sentido la teoría del après-coup (...) implica una reinscripción interpretativa y no una causalidad lineal” (Laguna, 2014).

Otros autores hablan de après-coup, o a posteriori. Este concepto fue implementado primero por Freud y se utiliza para denominar la reorganización por la cual el sujeto pasa para resignificar sucesos de su pasado, para darles un nuevo sentido. Implica que el pasado se haga presente, y a su vez, que el sujeto se posicione en la situación del pasado (Laplanche, 2012). Los eventos traumáticos adquieren sentido para el sujeto a partir de esta nueva significación que se le da a posteriori; esto es posible ya que los acontecimientos del presente tienen la capacidad de influir retroactivamente en eventos del pasado modificando la percepción del individuo sobre ellos. El après-coup hace referencia a esta capacidad de poder remodelar el pasado a partir del presente (Larbán, 2011). Larbán (2011) habla sobre una “reactualización en el presente del sentido atribuido por el pasado a un acontecimiento traumático reprimido-olvidado”.

El après-coup es un proceso a través del cual el sujeto puede reinterpretar su pasado. Uno de los autores consultados plantea que este proceso incluye un suceso traumático que ha sido eliminado de la conciencia del sujeto, pero que luego se comenzarán a visibilizar síntomas o conductas que dan pista de lo que ha sucedido. Sería a partir de hacer consciente esto que se cree olvidado, el evento en sí y también las fantasías que se generaron a la par de lo que sucedió que se podrá reconstruir la historia y darle un nuevo sentido actualizado. Es crucial distinguirlos y diferenciarlos ya que el trabajo de elaboración de cada uno implica y demanda diferentes herramientas de sujeto (Laverde-Rubio, 2011).

Este nuevo sentido que el sujeto pueda darle a estos eventos pasados le permite otorgarles un nuevo significado propio. Kaës (2006) es uno de los autores que hacen referencia a la resignificación explicando que, si bien la prehistoria de los sujetos es planeada con anterioridad al nacimiento, es la resignificación lo que les permitirá convertirse en los pensadores de esta historia.

Otros autores, al hablar de resignificación, explican que ésta activa un tipo de memoria particular relacionada con eventos traumáticos y con la historia personal y familiar ancestral del sujeto a partir de las cuales este ha ido formando su psiquis. Esta memoria reactiva todo esto que ha estado silenciado por tanto tiempo, incluso por varias generaciones, dándole la oportunidad al sujeto de tratar de elaborarlo. Sin embargo, no implica el descubrimiento propiamente dicho de un evento olvidado, sino la posibilidad de una nueva simbolización y comprensión del mismo. Esto le permite al sujeto reescribir su historia. Hay que tener en cuenta que lo importante “no es restituir el pasado ni buscarlo para revivirlo sino para reordenarlo, reescribirlo y resimbolizarlo en una estructura diferente” (Kancyper, 2019).

10. Conclusiones

A partir del recorrido realizado en esta monografía se pueden extraer varias conclusiones.

La transmisión es un proceso continuo que liga a las generaciones desde siempre. Si bien su mayor y más importante tarea es la de promover el desarrollo individual y social, también acarrea consigo todo aquello que los sujetos no han podido elaborar en su vida. Se transmiten entonces no solamente eventos que hayan irrumpido en la psiquis del individuo que rompen con su homeostasis y que se quedan enquistados ante la imposibilidad de introyección, sino también eventos de estas características que hayan sacudido a sus antepasados. Se tienden a repetir aspectos de aquellos que

vinieron antes con la esperanza de que con lo nuevo que tengan para aportar los más jóvenes, se puedan resolver aspectos que quedaron pendientes. Se entiende la repetición como un fallo ante la elaboración de estos eventos mencionados.

Las imágenes psíquicas son de gran importancia en esta temática ya que, de esta forma los progenitores van dejando sus huellas en el bebé desde antes que este nazca, las cuales luego condicionan su comportamiento. Los procesos identificatorios son también sumamente relevantes a la hora de la transmisión, debido a estos el sujeto se ve ligado tempranamente a sus padres y familiares o antepasados. Es especialmente a partir de la identificación alienante que un psiquismo ocupa a otro, quedando enquistado allí e invadiendo al sujeto que se ve atormentado por fantasmas ajenos.

Los pactos y las lealtades familiares juegan un papel fundamental en la transmisión transgeneracional, determinan las características de los vínculos y con esto lo que es pasado a futuro. A partir de los mismos, cada grupo familiar lleva un libro de cuentas donde quedan definidas las deudas y haberes a favor que tiene cada integrante. Los saldos en positivo o en negativo que posea cada individuo lo seguirán para siempre por más distancia física que intente poner con aquellos involucrados en este libro.

Una característica que se repite en la temática de la transmisión es que todo aquello que quiera ser ocultado y enterrado, ya sea por vergonzoso o doloroso, siempre encontrará una manera de salir a la luz, si no es en la generación que le sigue enseguida será en la otra, o en la otra. Sin embargo, hay que tener en cuenta que mientras más tiempo pase, más difícil será conectar lo que se actúa en la generación actual con lo que se quiso ocultar en el pasado. Se ve así una continua reactualización del pasado sobre el futuro, los sujetos más jóvenes se ven invadidos por aspectos y acciones que no reconocen como propias, porque no lo son. Hay una superposición, una invasión de un psiquismo sobre el otro que, de no ser cuestionada, será muy difícil apropiársela.

Otro aspecto que se puede apreciar a lo largo del trabajo es que, todo aquello que no pueda ser elaborado se transmite en bruto a la siguiente generación, sin elaboración de por medio. Lo traumático tiene como característica principal sacudir y desajustar al sujeto, sin que este pueda recuperar su balance original. Esto que lo irrumpe, lo no lo deja avanzar ya que no es capaz de elaborar lo que le acontece. Es así que objetos sin modificación alguna, se transmiten a las generaciones próximas. Una de las maneras por las cuales el sujeto puede liberarse de este peso inmóvil que lo ocupa es a través de la historización. A partir de esta, el sujeto intenta darle un nuevo significado de manera creativa a aquello que no le pertenece para así elaborarlo e introyectarlo o desecharlo. Su cometido último es que el sujeto pueda dejar de estar

atado al pasado y que se pueda desligar de ese muerto-vivo que lo habita y dictamina su accionar.

Por último, es importante tener en cuenta que toda resignificación o elaboración por parte de la persona sobre los aspectos que sus generaciones anteriores le fueron transmitiendo implica un cambio en el rol asignado que lo instaba a seguir repitiendo. Esto puede implicar una posible desvinculación del grupo, ya que el sujeto estaría negándose a continuar con lo que le ha sido impuesto a través de las generaciones y sacando a la luz lo que con tanto ímpetu se intentó enterrar. Sin embargo, esta reelaboración de lo que no le pertenece realmente al sujeto, es fundamental para su desarrollo y progreso, y para cortar con la presencia constante del pasado en el presente.

Si bien en este trabajo se ve un panorama bastante amplio de lo que implica la transmisión transgeneracional, se entiende que es una temática muy amplia y con muchas aristas a seguir investigando, que no puede ser condensada en una monografía de este estilo. Es interesante seguir indagando más a fondo sobre los procesos identificadorios que juegan un rol tan importante en la transmisión, así como también aspectos de la misma que no estén ligados a la transmisión negativa. Se despliegan de este trabajo interrogantes respecto a los vínculos familiares, especialmente en aquellos casos donde el sujeto desconoce su procedencia que será interesante abordar en futuras aproximaciones al tema.

11. Referencias bibliográficas

- Abraham, N., & Torök, M. (2005). *Núcleo y corteza*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Aulagnier, P. (2018). Revista uruguaya de Psicoanálisis. *El derecho al secreto: Condición para poder pensar*, págs. 13-34.
- Benyakar, M. (2016). *Lo disruptivo y lo traumático. Vicisitudes de un abordaje clínico*. San Luis: Nueva Editorial Universitaria.
- Berenstein, I. (1990). *Psicoanalizar una familia*. Buenos Aires: Paidós.
- Berenstein, I. (1997). Estructura familiar inconciente, ampliaciones hacia la psicopatología. En I. Berenstein, & J. Puget, *Lo vincular. Clínica y técnica psicoanalítica* (págs. 127-141). Buenos Aires: Paidós.
- Boszormenyi-Nagy, I., & Spark, G. M. (1994). *Lealtades Invisibles*. Buenos Aires: Amorrortu .
- Canault, N. (2015). *Cómo pagamos los errores de nuestros antepasados*. Barcelona: Ediciones Obelisco.
- Duek, D., Califano, V., Becker, S., & Waisbrot, D. (1989). El secreto y sus efectos. Obtenido de <https://mydokument.com/el-secreto-y-sus-efectos-1.html>
- Eiguer, A. (2001). *L'intérêt pour le transgénérationnel dans la thérapie familiale psychanalytique*. Obtenido de CAIRN.INFO: <https://www.cairn.info/revue-champ-psychosomatique-2001-3-page-101.htm#>
- Faimberg, H. (2006). A la escucha del telescopaje de las generaciones: pertinencia psicoanalítica del concepto. En R. Kaes, H. Faimberg, M. Henriquez, & J.-J. Baranes, *Transmisión de la vida psíquica entre generaciones* (págs. 131-145). Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1914). Introducción al narcisismo. En F. Sigmund, *Obras completas. Vol XIV*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1979). *Más allá del principio de placer, Psicología de las masas y análisis del yo y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1980). *Tótem y tabú y otras obras*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Freud, S. (1986). Duelo y melancolía. En S. Freud, *Obras completas - Tomo XIV* (págs. 241 - 255). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kaës, R. (1995). *El grupo y el sujeto del grupo. Elementos para una teoría psicoanalítica del grupo*. Buenos Aires: Amorrortu. Obtenido de <https://www.scribd.com/document/316891011/El-grupo-y-el-sujeto-del-grupo>
- Kaës, R. (1997). Figuras de lo negativo e interdicción de pensar en la cura. *Psicoanálisis APdeBA, XIX(3)*, págs. 387-408. Obtenido de <https://www.apdeba.org/wp-content/uploads/K%c3%a4es.pdf>
- Kaës, R. (1997). La transmisión de la vida psíquica entre generaciones: aportes del psicoanálisis grupal., (págs. 179-198). Buenos Aires. Obtenido de

- <https://www.scribd.com/document/391625388/Rene-Kae-s-La-transmisio-n-de-la-vida-psi-quica-entre-generaciones-aportes-del-psicoana-lisis-grupal>
- Kaës, R. (2006). En R. Kaës, H. Faimberg, M. Henriquez, & J.-J. Baranes, *Trasmisión de la vida psíquica entre generaciones* (págs. 13-74). Buenos Aires: Amorrortu.
- Kancyper, L. (Enero de 2019). Resignificación, memoria y trabajo de simbolización. *Temas de psicoanálisis*(17). Obtenido de <https://www.temasdepsicoanalisis.org/2019/01/24/resignificacion-memoria-y-trabajo-de-simbolizacion/>
- Laguna, M. d. (2014). Transmisión transgeneracional y situaciones traumáticas. *Temas de psicoanálisis*.
- Lapidus, A. (2018). *Transmisión transgeneracional. Algunos efectos en la constitución de la subjetividad*. Obtenido de UCES: http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/bitstream/handle/123456789/4595/Transmisi%C3%B3n_Lapidus.pdf?sequence=1
- Laplanche, J. (2012). *El après-coup. Problemáticas VI*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Laplanche, J., & Pontalis, J.-B. (2004). *Diccionario de psicoanálisis*. Buenos Aires: Paidós.
- Larbán, J. (2011). *Transmisión psíquica inconsciente de contenido traumático*. Obtenido de Scribd: <https://www.scribd.com/doc/66203708/Transmision-Psiquica-Inconsciente-de-Contenido-Traumatico>
- Laverde-Rubio, E. (2011). Trauma y fantasía, su efecto ulterior (Après-coup). *Psicoanálisis, XXIII*, págs. 69-82. Obtenido de <https://dialnet.unirioja.es/descarga/articulo/3920546.pdf>
- Losso, R., & Packciarz Losso, A. (2007). *A FANTASIA INCONSCIENTE COMPARTIDA FAMILIAR DE ELABORACION TRANSGENERACIONAL*. Obtenido de <http://www.psicoanalisis.com.ar/Losso/Tbjo.Losso.htm>
- Nachin, C. (1997). Del símbolo psicoanalítico a la neurosis, la cripta y el fantasma. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C. Nachin, P. Hachet, & J. C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones* (págs. 63-93). Buenos Aires: Amorrortu.
- Nicoló Corigliano, A. M. (1996). Lo transgeneracional, entre mito y secreto. *Interazione*. Obtenido de <https://psicologiagrupal.cl/?p=151>
- Nussbaum, S. (2009). Identificaciones alienantes y repetición. Una contribución acerca de la transmisión transgeneracional. *Psicoanálisis, XXXI*, págs. 153-166. Obtenido de <https://www.apdeba.org/wp-content/uploads/Nussbaum.pdf>
- Real Academia Española. (2019). Obtenido de Diccionario de la lengua española - Real Academia Española: <https://dle.rae.es>
- Roig, M. (2014). *Los secretos familiares*. Obtenido de Dra. Marian Roig: <https://www.marianroig.com/articulo/los-secretos-familiares/>

- Rojas, M. C. (2010). Secretos y verdades en la familia: su incidencia en las problemáticas de la niñez. *Construção Psicopedagógica*, págs. 24-33.
- Rotenberg, E. (Agosto de 2008). La pieza de la cadena. Familia y transmisión. *Imago Agenda*. Obtenido de Imago Agenda: <http://www.imagoagenda.com/articulo.asp?idarticulo=9>
- Rozenbaum, A. (2018). *La transmisión a través de las generaciones*. Obtenido de UCES: <http://dspace.uces.edu.ar:8180/xmlui/handle/123456789/4597>
- Schützenberger, A. A. (2013). *¡Ay, mis ancestros!* Buenos Aires: Taurus.
- Segoviano, M. (2008). *Transmisión Psíquica Escuela Francesa*. Obtenido de Psicoanálisis e Intersubjetividad: <http://www.intersubjetividad.com.ar/transmision-psiquica-escuela-francesa/>
- Tisseron, S. (1997). Introducción. El psicoanálisis ante la prueba de las generaciones. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C. Nachin, P. Hachet, & J. C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones* (págs. 11- 33). Buenos Aires: Amorrortu.
- Tisseron, S. (1997). Las imágenes psíquicas entre las generaciones. En S. Tisseron, M. Torok, N. Rand, C. Nachin, P. Hachet, & J. C. Rouchy, *El psiquismo ante la prueba de las generaciones*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Tisseron, S. (2000). *Nuestros secretos de familia*. Colonia del Valle: Editorial Diana.
- Vergara, M. (12 de Junio de 2014). *Duelos transgeneracionales*. Obtenido de Sociedad Psicoanalítica de México A.C.: <https://spm.mx/duelos-transgeneracionales-2/>
- Werba, A. (2002). Transmisión entre generaciones. Los secretos y los duelos ancestrales. *Psicoanálisis*, págs. 295 - 313.